

# Inventario de lecturas

Alejandro Robles

*Hay que ser inventor para leer bien.*  
RALPH WALDO EMERSON

Siempre he procurado hacer de la lectura una actividad placentera. Toda lectura debe someterse a ese fin. En su nostálgico ensayo *Sobre la lectura*, Marcel Proust afirma: “Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que creíamos dejar de vivirlos, aquellos que pasábamos con uno de nuestros libros favoritos”.

Nunca he leído un libro impulsado por un sentimiento de deber. Cuando la lectura de un libro no me produce agrado, simplemente lo dejo. Bastante más drástica fue la escritora Dorothy Parker que en una ocasión afirmó de cierto volumen: “Éste no es un libro para ser dejado a un lado a la ligera, debería ser lanzado con mucha fuerza”.

Antiguamente, no sólo por la escasez de códices, sino también para discernir mejor el sentido de la escritura, era costumbre leer en voz alta. San Agustín, que fue discípulo de Ambrosio, fija el instante en que comenzó el largo proceso de tránsito entre la lectura en voz alta y la lectura silenciosa. En el libro VI de las *Confesiones*, san Agustín anota:

Cuando Ambrosio leía, pasaba la vista sobre las páginas penetrando su alma, en el sentido, sin proferir una palabra, ni mover la lengua. Muchas veces —pues a nadie se le prohibía entrar, ni había costumbre de avisarle quién venía—, lo vimos leer calladamente y nunca de otro modo.

La lectura se convirtió a partir de entonces en un habla silenciosa. Marcel Proust

la define como la voz “que labios adentro, repite sin ruido, de corrido, todas las palabras que los ojos acaban de leer”.

He llevado mi hedonismo por la lectura al extremo de equipararla al beso. El beso y la lectura participan de la misma condición. Leer, alimentarse lentamente de las palabras, rumiar las frases con absorta serenidad, nutrirse de lúcidas reflexiones, dejarse seducir por circunstancias y personajes, degustar inusitadas imágenes y metáforas.

He leído en todos los espacios que he ocupado en mi vida. He leído en ínsulas (cuando vivía en Cuba), en continentes (cuando emigré a México) y en penínsulas (desde mi llegada a la Florida). He leído en espacios cerrados: en bibliotecas y en librerías, en las habitaciones que he usado para escribir, en aulas, en las salas de espera de los dentistas y de las barberías, en sótanos, en ascensores y en escaleras. He leído en total soledad en el privado de un restaurante japonés rodeado de paredes de papel (papel *washî*). Dicho sea de paso, en aquella ocasión las paredes de papel me hicieron sentir que estaba sumido en un libro dentro de un libro mayor. He leído en bares y en cantinas, en cocinas y baños, incluso en bañeras, víctima del opresivo sopor habanero, pero sobre todo sentado al pulcro trono de porcelana del inodoro. Habitualmente tengo libros en el baño, de manera que cuando recibo el aviso de una urgencia de índole intestinal, sólo tengo que ocupar el blaquísimo asiento de cerámica, extender la mano y tomar un libro. Si una coyuntura semejante me sorprende inoportunamente en una casa a la que he ido de visita, me excuso y voy al excusado, mirando discretamente durante el trayecto si puedo

pescar algo para leer. Si no tengo éxito en mi empresa, y cuando entro al baño no hay nada que leer —sería demasiado atrevido de mi parte pedirle al dueño de la casa un libro además de usar su baño—, leo lo que encuentro a mano, ya sean etiquetas de frascos de champú, instrucciones de las cajas de tinte para cabello, prospectos y contraindicaciones de frascos de medicina. No me retracto de leer en el retrete. He comprobado que únicamente si las palabras entran en mí, algo sale de mí. Sólo si las palabras se suceden una tras otra, siento movimientos peristálticos. Tal vez entre *letrado* y *letrina* haya algo más que una simple asonancia. Según se sabe, fueron las cartas halladas por los arqueólogos en excavaciones practicadas en las letrinas de los campamentos romanos lo que permitió a los historiadores reconstruir con minuciosidad la historia de Roma, la historia de Occidente. Cartas enterradas bajo tempestades de azufre y agrias montañas de excremento. Semejante hallazgo parece sugerir el carácter indigente de nuestra historia y la condición infernal de la escritura.

He leído afuera estando adentro; es decir, de pie en una habitación con parte del cuerpo asomado por una ventana sosteniendo un libro en las manos. He leído en espacios abiertos, en parques, en cafés, en balcones, en terrazas, en azoteas, en torres, en puentes, en jardines, a la orilla del mar, al borde de una alberca y en la cima de una montaña. He leído contemplando la lluvia, la nieve, el sol abrazador y la furia de un huracán. He leído sobrio y ebrio, fumando y sin fumar, sano y enfermo, bajo un árbol y encima de un árbol. He leído en voz alta y me han leído. He leído en todas las posiciones: de pie,



Juan Gris, *Garrafa y libro*, 1920

sentado, acostado, decúbito supino y decúbito prono, en cuclillas, reclinado. He leído desnudo y vestido, solo y en pareja, he agotado el *Kama Sutra* del lector. He leído mientras viajo, en trenes, en coches, en autobuses, en barcos y en aviones. He intentado leer mientras camino por la calle, pero muchas aceras —tanto en La Habana como en la Ciudad de México— están pobladas de grietas, profundos hoyos y desniveles o atravesadas por profusas raíces de árboles que hacen de la lectura a pie una tarea altamente riesgosa, digna de un zapador. A mi llegada a Miami descubrí que si bien las aceras estaban en mejor estado, escaseaban. Casi todas las personas se desplazan en coche, de manera que las avenidas y autopistas priman sobre las aceras.

No exagero si afirmo que la historia de mi vida se confunde con la historia de mis lecturas, soy en suma *librodependiente*.

Nunca leo los libros de principio a fin, salvo las novelas. Leo a saltos y siguiendo un patrón no determinado, dejándome llevar por mi intuición. Para satisfacer mi variable apetito de lectura he adquirido además la perversa costumbre de pasar constantemente de un libro a otro. Siempre he creído que para hallar un orden en la escritura es imprescindible el desorden en la lectura. En México emprendía excursiones para salir a leer. Pero el hecho de que fuese tan asistemático en la lectura me obligaba a llevar, cada vez que

salía, un sinnúmero de libros. Me agradaba leer en los parques, pero desplegaba tantos volúmenes a mi alrededor que parecía un vendedor ambulante y muchas personas se acercaban a preguntarme por los precios de los libros. Decidí refugiarme entonces en el profundo silencio y la monotonía del Jardín Botánico. Medité, sin embargo, que sacar una veintena de libros en presencia de los árboles era una especie de sacrilegio. Después de todo, los libros no son más que árboles triturados, convertidos en pulpa, impresos y encuadernados. Los árboles, en consecuencia, debían sentirse muy afligidos frente a mis presuntuosas bacanales de libros. Era como si hubiese decidido ostentar ante ellos el resultado de la masacre de sus parientes más cercanos. Sólo me sentía acorde con la tristeza que embargaba a los árboles si me sentaba a leer bajo un sauce llorón.

Durante los felices años de mi exilio en México, cuando tenía que recorrer una distancia que no podía cubrir caminando, me desplazaba en taxi o en Metro, lo que me permitía consagrarme plácidamente a la lectura, emprendía entonces un doble viaje; las páginas se sucedían una tras otra, mientras yo avanzaba por la ciudad. A cada tanto apartaba la vista del libro para mirar distraídamente por la ventanilla del taxi y admirar el paisaje urbano. Dejaba de leer el libro para leer la ciudad.

Contemplar una ciudad desconocida es una forma inatendida del arte, acaso

porque somos capaces de ver en ella lo que está negado a los ojos de otros, cegados ya por el hábito y la costumbre.

A mi arribo a la ciudad de Miami mi suerte cambió. (Equiparada con la metrópolis mexicana, una de las más vastas y hermosas del mundo, adjudicarle el apelativo de ciudad a Miami puede parecer excesivo). En los primeros meses viajaba en Metrorail —un tren elevado que atraviesa el modesto *downtown* de la ciudad—. Fueron días de abundantes lecturas matutinas y vespertinas en vagones desiertos o semivacíos, excesivamente limpios y muy bien iluminados. Para colmo de comodidad, a través de los altavoces podía escuchar el nombre de la estación que se acercaba, de manera que ni siquiera tenía que apartar la vista del libro cada vez que el tren se detenía en una estación. Podía hacer el viaje totalmente absorto en la lectura hasta escuchar por los altavoces la voz del maquinista anunciando el fin de mi viaje y de mi lectura. Aun así, no en pocas ocasiones las palabras que escuchaba “labios adentro” superaron la voz del maquinista y perdí mi parada.

Logré sortear al destino casi un año, pero finalmente me vi obligado a aprender a conducir. En Miami, a diferencia de la mayoría de las metrópolis del mundo, resulta casi imposible vivir sin conducir. Los medios de transporte, tales como autobuses o líneas de Metro son escasos y se limitan a unas pocas zonas de la ciudad, y los taxis —aun para los que devengan un salario respetable— resultan impagables. De manera que es casi inevitable terminar unido a un volante, un par de pedales y cuatro ruedas. Hace cinco años cometí la osadía de comenzar a conducir. Con resignación tuve que decir adiós a mis apacibles lecturas para ponerme al mando de un coche e ingresar de golpe en el mundo de las gasolineras, las señalizaciones, el pavimento, la velocidad y el peligro.

A los pocos meses me dije que, como mínimo, debería intentar suplir mis lecturas con audiolibros. Los anuncios publicitarios promovían los audiolibros como una “gran novedad” y una “nueva manera de leer escuchando”. ¿No era acaso ésa la forma en la que se leía antes de que san Ambrosio comenzara a leer para sí? Los

audiolibros podían constituir entonces un suceso en términos tecnológicos, pero que no lo eran sin duda en materia de lectura. Al consultar algunos catálogos de audiolibros descubrí estupefacto que eran extensísimos, casi infinitos y plagados de patéticos libros de autoayuda. Para mi sorpresa —más bien para mi escándalo—, en aquel listado había incluso un libro cuyo basquetbolista o cuyo escritor era nada más y nada menos que Michael Jordan; el librito en cuestión se titulaba *Mi filosofía del triunfo*. Me quedé pasmado. Al leer en el título la palabra *filosofía* vinieron a mi mente —por citar unos pocos— los nombres de Platón, Aristóteles, Heráclito, Spinoza, Leibniz, Schopenhauer, Heidegger, Nietzsche, Kierkegaard y Wittgenstein. Creo que el libro habría conseguido un mayor número de ventas si se titulara, digamos: *Cómo meterla siempre*. Sólo me faltó hallar en la lista un libro de

autoayuda de O. J. Simpson titulado *Cómo terminar con tu esposa* y *Cómo conseguir un buen oído* de Mike Tyson. Había, como es lógico, muchas obras literarias y una copiosa lista de *best sellers*, pero nada hallé de las rarezas que acostumbro consumir. Estaba obligado a conducir, y sin otra alternativa viable, decidí probar suerte con una obra de la que guardaba muy gratos recuerdos de juventud. Elegí *Madame Bovary*. La decepción fue rotunda, una voz femenina, engolada y teatral escandía la exquisita prosa de Flaubert, capitulé en el primer capítulo. ¿Había renunciado al placer táctil del libro, al gusto por la tipografía impresa, al aroma del papel y de la tinta, a la posibilidad de subrayar una línea o un párrafo admirable o hacer anotaciones marginales en los bordes de la página, para escuchar una novela en opereta? (También estaremos privados de la delicia táctil y del aroma con las versio-

nes electrónicas de libros de iPad, Kindle, Nook y las otras que se avecinan). Sacrificio atendible si pensamos que tales dispositivos reducirán considerablemente el número de árboles destinados a satisfacer a la imprenta. Semejantes artefactos prometen contener virtualmente todos los libros del mundo en todas las lenguas del orbe. Ese libro infinito es *Dios*.

Invertir nuestro tiempo en obligaciones o en actividades que no hemos elegido implica una pérdida lamentable. Puedo distraerme en banalidades improductivas durante horas, incluso mirando durante largos minutos la blanca extensión del techo, pero nada de eso constituye, a mi modo de ver, una pérdida de tiempo semejante a conducir. Recorro diariamente 33 millas de ida al trabajo y otras 33 de regreso, lo que suma un total de 66 millas diarias. En ese trayecto debo lidiar con 27 semáforos. Aborrezco desperdiciar el



Juan Gris, *El libro abierto*, 1925

tiempo conduciendo, pero el que pierdo ante la luz roja de los semáforos me parece intolerable, nocivo y pernicioso. No podemos ni avanzar ni retroceder, como si repentinamente nuestra existencia se hubiese suspendido.

En dependencia del lugar que ocupen dentro del sistema vial la duración de la luz roja de un semáforo varía entre 30 y 90 segundos y algunas llegan a durar hasta 120 segundos. Según mis cálculos, los 27 semáforos que interfieren en mi viaje están programados para que la luz roja tenga un lapso de 90 segundos; es decir, un minuto y medio. 27 semáforos de ida y 27 de regreso equivalen a 4,860 segundos diarios, esto implica 81 minutos, que a su vez equivalen a 1 hora y 21 minutos al día. Amplificado a una semana —considerando sólo los días laborables—, daría como resultado 6 horas y 45 minutos, que implicarían un promedio de 1,560 segundos al mes; es decir, 26 horas mensuales. En resumen, consumo ante la luz roja del semáforo un promedio de 13 días al año que, en el trascurso de 5 años —el tiempo que llevo conduciendo—, corresponderían a 65 días. Es decir, que he perdido, íntegros, más de dos meses y medio de mi vida en las pausas inútiles, ociosas, improproductivas y exasperantes de la luz roja de los semáforos. Pasar más de dos meses y medio de mi vida, estático, empantanaado, y sin hacer otra cosa que mantener la mirada fija en la luz roja de un semáforo me resulta sencillamente inadmisibile.

Envejecemos, sobre todo en los semáforos.

En realidad conduzco muy poco, sólo lo imprescindible para ir y venir del trabajo. Pero desde que he tomado conciencia del tiempo que se dilapida en los semáforos siento compasión, y miro con fraterna y lastimosa solidaridad a los repartidores de pizzas, a los carteros y a todos aquellos cuyo trabajo consiste en hacer *delivery*, pues están obligados a recorrer toda la ciudad y a desperdiciar parte de su vida en millones de pausas pertinaces, iluminadas de rojo.

Nadie ignora que los semáforos forman un sistema rigurosamente regulado para controlar el tráfico y evitar accidentes. Las “probabilidades” tienen mala repu-

tación. Por sí sola la propia palabra “probabilidad” suena matemáticamente inestable y sugiere irregularidad. Aun así, las probabilidades de tener un accidente detenido en un semáforo son bastante reducidas, sobre todo si consideramos que se trata de un sistema diseñado precisamente para evitar accidentes. Fue entonces cuando decidí fundar una biblioteca portátil en mi coche, un Pontiac Vibe del 2009, para abreviar la que he llamado mi *Bibliovibe*. Una caja de cartón hace la función de anaquel y ocupa el asiento delantero junto al del conductor; es decir, junto al mío. Como es lógico, se trata de una biblioteca de textos breves, nada de la profunda inmersión que exige el *Ulysses* de Joyce, la espesura verbal de Proust o la asfixia cianótica que puede provocar sumergirse de lleno en la prosa oscura de Lezama Lima; en realidad, nada de libros extensos, sólo misceláneas y textos breves.

Nunca —ya lo he dicho— leo un libro siguiendo un orden preciso, sino a saltos. Mi método es sencillo: cada vez que me detengo en un semáforo tomo al azar cualquiera de los libros de mi *Bibliovibe*, lo abro al azar en cualquier página y leo durante el minuto y medio que dura la luz roja. Leo hasta advertir el cambio de luz del semáforo o escuchar el sonido de un claxon —lo que ocurra primero, que casi siempre es lo segundo—. Para muchos puede resultar desagradable el impaciente sonido de un claxon o la estridente sinfonía que se desata cuando los coches se ven ligeramente retrasados por mi causa. Para mí es simplemente un aviso cívico y cordial que me indica que debo dejar la lectura y proseguir mi recorrido. Al continuar el viaje, dejo el libro en mi improvisado librero y degusto mi microlectura. Al arribar al próximo semáforo, vuelvo a tomar al azar cualquier volumen —que puede ser o no el mismo del semáforo anterior— y repito la operación, hasta escuchar el sonido del claxon. El resultado de una jornada de lectura puede ser más o menos este: comienzo, digamos, con un bucólico haikú de Bashō de Issa, continúo con un aforismo irónico de Lichtenberg o la acidez metafísica de Cioran, acto seguido paso a una graciosa anotación del *Dia-*

*rio* de Jules Renard o a una sentencia de Guido Ceronetti, que avanza hasta las inagotables *Prosas apátridas* de Julio Ramón Ribeyro, a un incisivo poema de mi amigo Luigi Amara o un extravagante texto de Julio Torri. *De fusilamientos* de Julio Torri o el verso de Luigi Amara le abren las puertas a *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino, a una criatura sobrenatural de Jorge Luis Borges o de Juan José Arreola que se transforma repentinamente en un verso de Pessoa o de uno de sus heterónimos, que desemboca en una entrada del diario de Kafka o de Katherine Mansfield, que propicia el camino hacia una página de Georges Perec, *El peso del mundo* de Peter Handke o *El libro de la almohada* de Sei Shōnagon, que le sirve de antesala a los *Epigramas* de Carlos Díaz Dufoo, a una fábula de Ambrose Bierce o de Max Aub, que se cierra sobre la prosa sucinta de Saki o los *Esbozos pirrónicos* de Sexto Empírico, etcétera.

Termino engendrando un libro múltiple que combina diferentes géneros, escrito por un autor plural de diversas geografías, edades y lenguas. El autor es una hidra y el libro una hiedra.

Suelo renovar el inventario de los libros de mi *Bibliovibe* cada cierto tiempo y recorro ansioso las librerías en búsqueda de misceláneas.

Afortunadamente, mis exasperantes esfuerzos por evitar la luz roja de los semáforos forman parte del pasado; ahora las procuro, las cazo, aminoro la marcha para llegar justamente con la luz roja y me disgusto si llego a coincidir con una luz verde.

Ha nacido un nuevo género de lectura y de lector: *el lector de semáforo*. Adoro esos sucintos y efímeros instantes de lectura, me adiestro en la lectura instantánea, la lectura relámpago, la lectura en miniatura, la lectura como larva y como insecto, la lectura como haikú. La luz roja no me permite mover el coche, pero desata una explosión de átomos de lectura, engendra una lectura semejante a la miniatura de los palillos de dientes. Lectura en cápsulas, en tragos, en suspiros, en opúsculos, en cuentagotas. *La lectura de semáforo*, una nueva e insospechada forma del arte vial. **U**